

FORO ABIERTO

*"Uncido al pasado el futuro toma forma
y el mundo se hace sustancia." (*)*

"Sin duda alguna se equivocará quien suponga que la tarea del ingeniero no necesita de otro aliento que el de la simple savia de la técnica y excluyera de ella la necesidad de impulsos procedentes de más añejas y variadas capas. La obra ingenieril debe tanto ganar la mano al futuro con la imaginación creadora, como afianzarse en el pasado y en la experiencia de la tradición."

Con similares palabras y desde estas mismas páginas, convocábamos — hará de ello siete u ocho años — a los jóvenes alumnos de la Escuela de I.C.C.P. a participar en un pequeño concurso dedicado a honrar el recuerdo de los grandes ingenieros españoles del siglo pasado, "las figuras señeras que supieron cimentar sus casi monstruosas capacidades técnicas sobre un espíritu enciclopedista, cargado de humanidades y de sentido social y político".

No faltó entonces, no podía faltar entre ellos, la glosa correspondiente a la muy ilustre figura de Ildefonso Cerdá y Súnier, y en tal ocasión su mirada transparente y penetrante, sus descomunales mostachos, se asomaron a la portada de nuestra revista.

Hoy, nuevamente, la REVISTA DE OBRAS PUBLICAS quiere rendir homenaje a la memoria de D. Ildefonso, con la conciencia de que en su obra queda aún mucha mies por espigar. Y me cabe a mí el honroso mandato de cubrir estas páginas preliminares.

Pero a sabiendas de que otros más pacientes y esforzados ahondarán con erudición y rigor en las fértiles enseñanzas de Cerdá, me lanzo a campear al ton y son de mis propias inquietudes, que son, a fin de cuentas, las más acuciantes, ensombrecedoras e ineludibles de cuantas cercan y emplazan a los hombres de nuestro tiempo. Considero al hacerlo que asumo así la parte más vigente que el mensaje y ejemplo de Cerdá puede brindarnos al cabo de un siglo.

Abranse, pues, estas páginas como elucidario de los amenazadores interrogantes que ensombrecen nuestro futuro — el futuro de la ciudad, del ciudadano, de la sociedad, en fin, y de su "urbanidad", cada día más viciada e hipotética — y que ellas convoquen las dispares voces del foro abierto, pues aquello que atañe al bien público, públicamente debe ser inquirido. (Consultar y conjugar los "entendimientos" ha sido la manera tradicional y fecunda de abrir las "entendederas", sin cuya previa apertura cualquiera asociacionismo resulta, cuando no malintencionado, por lo menos un tanto pueril.)

(*) Inscripción griega hallada en Troya.

Al mismo tiempo que brindo la tribuna del foro siento la obligación de pronunciar ante él, advirtiéndole que mis ideas sobre la cuestión son elementales. Planteándolas más como interrogantes sugerentes que como afirmaciones dogmáticas, me animo a lanzarlas a la palestra en términos casi telegráficos:

I) La masa humana — que no es simplemente la multitud — en razón de la resonancia gregaria a la que fatalmente se halla sometida, ha sobrepasado, con mucho, el techo de la ciudadanía tradicional. Es absurdo pretender aplicar conceptos urbanísticos inoperantes de cara a una "urbanidad" en trance de transformación cuando no totalmente desaparecida.

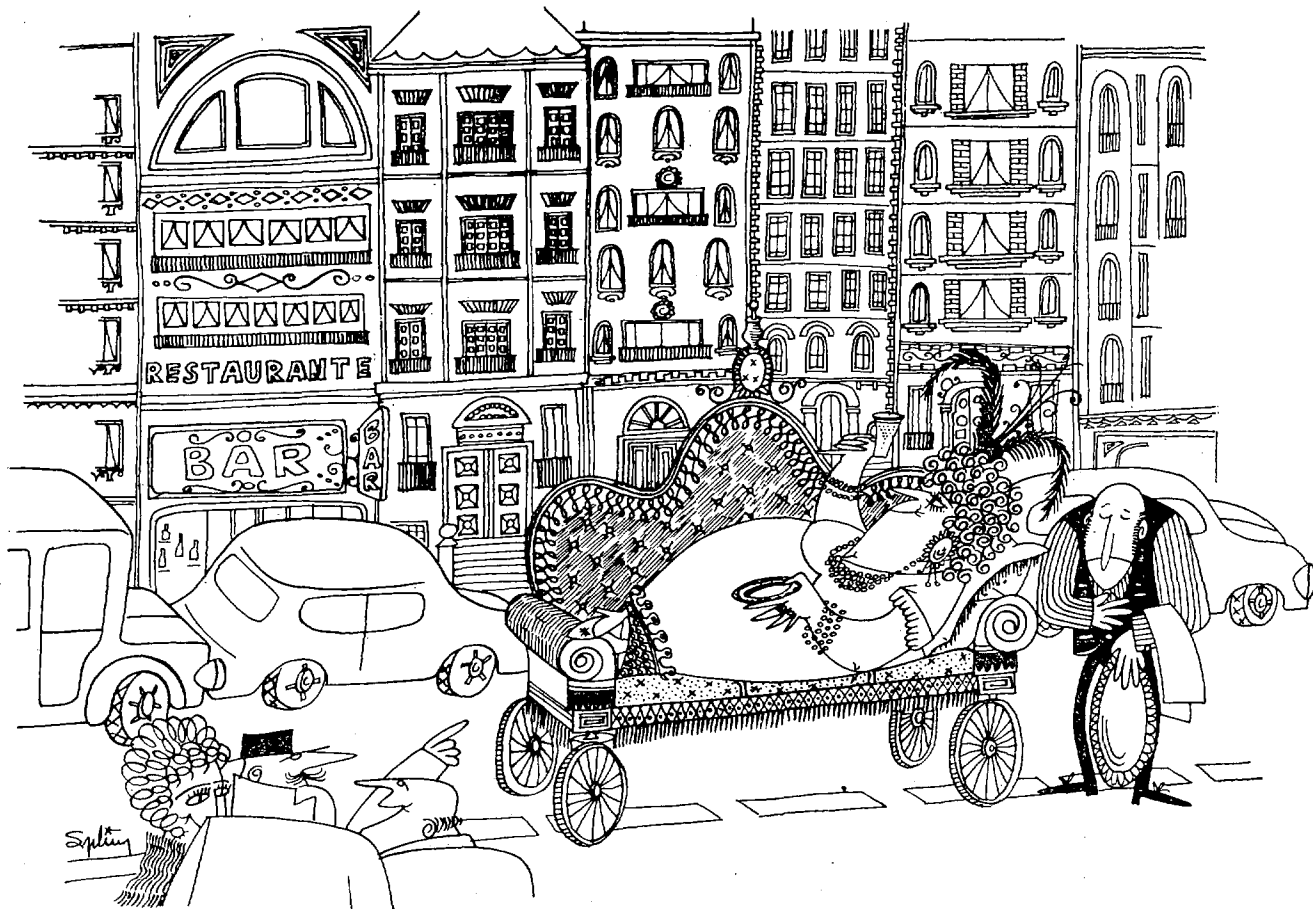
II) La aglomeración demográfica no puede alcanzar soluciones geométricas en el plano. Las macrópolis, las megalópolis que ya, hoy, encierran y constriñen al ser gregario, ya que no al hipotético ciudadano del futuro, han fallado en toda pretensión "humanista"; sin embargo, cubren ya, desdichadamente, todos los objetivos deshumanizadores. Cada día será, es, más acuciante para la sociedad incorporar secarrales, desiertos, océanos, profundidades subterráneas, al hábitat que el hombre actual ya requiere.

III) Nuestro desconocimiento de la anatomía y de la fisiología sociales es, prácticamente, absoluto; sólo sabemos que cualquier movimiento sociológico es peligroso e imprevisibles los efectos de su onda expansiva. Sabemos, sin embargo, que la posibilidad de sincronizarla ha tenido siempre sus especialistas. Tanto la ley de Lynch como las capacidades de Rudy el Rojo o de Cohen Bendit son una prueba de ello.

IV) Cabe pensar que la urbe ha perdido su sentido arquitectónico — su decoro — y se transforma en un instrumento social del poder, suponiendo que no lo haya sido siempre. Ya Hausmann, que nació pocos años antes que Cerdá, utilizó el urbanismo con muy distintos fines que éste; la concepción de los grandes bulevares llevaba implícita la posibilidad de controlar y batir las manifestaciones del levantisco pueblo de París. El barón, naturalmente, pensaba más como prefecto que como arquitecto o sociólogo.

V) La invasión de la rusticidad, presionando sobre la urbe, ¿transformará en ciudadanos a todos los recién llegados? No lo consideraron así ni Atenas ni Roma. Posiblemente el mensaje español más adecuado a nuestros días nos lo haya dictado el Cid: hay que "campear". Es decir, hay que habilitar la tierra, armonizando las imposiciones del medio y "reclamando" secarrales en las nuevas umbrías que el ingeniero es capaz de crear. "La arquitectura no puede responder a todos los problemas del hábitat humano", ha escrito arquitecto tan calificado como Doxiades.

VI) Para Cerdá, el instinto de sociabilidad produjo la urbanización. Sin embargo, en la actualidad los bacilos de un individualismo antisocial y los más rastroso intereses privados han contaminado la vía pública y han acabado "pour faire main basse sur la ville". Hasta el más simple egoísmo humano contribuye a deteriorarla; cuando las señoras y señoronas más o menos ociosas, dejan aparcado su coche con chófer en la segunda fila de Serrano o Velázquez realizan un acto similar al de aquellos vecinos que pretendieran instalar su catre y su botijo en las aceras de la Gran Vía. La ciudad es un sistema de comunicaciones y hay que pagar el adecuado tributo para acceder a él. Y también tributos de ciudadanía. La ciu-



dad no puede permitirse el lujo de soportar “idiotas” — en su primigenio significado — tal como nos enseñaron los griegos, ni señoronas en segunda fila, ni clases pasivas en la calle de Alcalá.

VII) Para disponer un ámbito vital digno del hombre de mañana, no sólo es necesario que la imaginación acceda al poder; es preciso, también, adecuar nuevas técnicas y concebir, incorporándolas, nuevas dimensiones culturales y económicas. Cerdá consideraba que la urbanización precedía a la civilización y que ésta se producía cuando la primera lograba posibilitar y satisfacer las apetencias de la segunda. “Para la urbanización la forma es nada, la satisfacción cumplida y adecuada de las necesidades humanas es todo.”

“La forma es nada.” Ante este mensaje me reafirmo en la idea de que el español debe pensar en la proa de su barco y no en el campanario de su parroquia. La ciudad “arquitectónica” se ha visto centrifugada. Los penates familiares, el foro, el tabernáculo, han entrado en órbita cuando no en diáspora. Hoy hay que dimensionar frente al orbe sin pretender agazaparnos en la urbe.

Rumbo a Australia (*) a pie de carlinga, dispuesto a una circunvalación más,

(*) Precisamente a tierras australianas han ido a parar algunos descendientes de Cerdá. Espero llevar a ellos mi homenaje al gran ingeniero, y de ellos traer cumplida noticia. También la semilla humana de Cerdá se dio centrifugada.

pan de cada día para los españoles avezados por la más fecunda de sus tradiciones, a otear el orbe, trazo estas apresuradas notas y considero que el ingeniero, si cumple con su misión más augusta, hade ser el gran urbanizador del futuro, el gran rescatador de ámbitos humanos. Y que de hecho así ha sido siempre. Recuerdo un ensayo de Valéry, su Eupalino — que también fue trazador de canales como yo mismo — y presiento como algo insoslayable la síntesis de constructor y filósofo: Sócrates + Eupalinos. Por ello quiero terminar con palabras de este último: "Lo que me importa sobre todo, es obtener de aquello *que va a ser*, que satisfaga con todo el vigor de su novedad las exigencias razonables de *lo que ha sido*. ¿Cómo no ser oscuro?..."

Sirvan las líneas que anteceden como incitación o pauta a cualquier pronunciamiento. Tan positivo resultará corroborarlas como contradecirlas. Aquí los senadores son libres de ceñirse la toga a su antojo. Convoquémonos, sí, con la mira puesta en el ejemplo pionero de Cerdá; y a mí permítaseme sintetizar con algunos interrogantes las divagaciones que anteceden:

1. Si el hombre ya gravita y habita en el ámbito del orbe, ¿cabe hablar de de urbanismo? Y si así fuera, ¿cómo habría que concebirlo ante las nuevas dimensiones de nuestro tiempo?
2. Si los dioses Penates han desertado los viejos lares, si el tabernáculo y el foro han entrado en órbita, ¿seguiremos preocupándonos de su instauración o restauración arquitectónica?
3. ¿Seguiremos ocupándonos en la protección de las bellezas urbanas y permitiremos que se sigan destruyendo y contaminando las naturales, verdadero asentamiento de los hombres?
4. ¿Seguirán concibiéndose y desmesurándose las ciudades al servicio del poder o de una sociedad incapaz de encararse con el futuro?
5. ¿La resistencia humana basta para dar carta de ciudadanía?
6. Si ancha es Castilla y mucho más el orbe, ¿seguiremos preocupándonos de urbanismo y no de habitabilidad?
7. Ciudadanía, urbanismo y urbanidad, ¿no son, en la actualidad, conceptos que han entrado en situación conflictiva?

Quede abierto el foro y pronúnciense el docto senado y el ciudadano libre.

JOSE TORAN